

LA ESTATUA

La noche estaba espesa y Alexander Brett, alto, desgarrado, de apariencia distraída aunque con un currículum académico insospechado, pagó la entrada, y ya dentro de la casona, entre el brumoso ambiente de los cigarrillos y el vaho húmedo de las respiraciones, un negro de ojos blanquirojos soplaba la boquilla y digitaba el torso de su saxo dorado que gemía melodías de placer y sufrimiento. Mientras abarcaba el lugar con la mirada rasante buscando la mesa apropiada, se le quedó el perfil de una negra recortado en la retina. - ¡Esa negra, la he visto antes! -, y buscándola en su memoria, repentinamente se le desencadenó una explosión de recuerdos: los trabajos de restauración en las cuevas de Luana, que él como arqueólogo había encabezado en la costa de África central, el descubrimiento de una estatua de mujer, en ébano, a escala natural, en el laberinto de las excavaciones, sin poder nunca, tras años de investigación en los libros y trabajo en terreno, descubrir a quién correspondía, ni menos las manos que la habían esculpido. Aunque los despojos de barco antiguo, encontrados en los alrededores, daban una vaga pista acerca de su origen.

El bergantín, ya cerca de la costa, corcoveaba sobre la cresta de las olas. Abajo, en las bodegas, bajo la línea de flotación, las jaulas distribuidas en cuatro niveles, unas sobre otras, se deslizaban chocando entre sí. Los aborígenes cautivos, la mayoría de la tribu de los Wakamba, yacían acostados adentro de las jaulas de bambú, de dos

metros cuarenta de largo, un metro de ancho y setenta centímetros de alto. Los de los niveles superiores, mareados, expulsaban sus vómitos, sus orines y excrementos hacia los pisos inferiores.

Botú Mabowa, en el tercer nivel de jaulas, sobaba su cuerpo tratando de limpiarlo y calmar la picazón. Una vez al día, un marinero baldeaba con agua de mar sus cuerpos y luego les daba un plato de comida y un tacho de agua dulce. Al mediodía, el capitán ordenó fondear para capear el temporal y abastecerse de agua dulce y víveres. El viento crecía, la lluvia azotaba la nave que hacía esfuerzos por mantener su curso y no zozobrar.

El impacto contra los arrecifes abrió un forado fatal en el casco. Las velas rasgadas, los botes salvavidas atestados de tripulantes, y abajo, la carga de esclavos forcejeando para escapar de sus jaulas, conformaban un horrendo caos por sobrevivir. Algunas jaulas se rompieron. Botú trató de salvar a los que pudo, pero la marejada lo envolvió en un remolino de burbujas y angustia. En un chispazo de conciencia, de unos pocos segundos, se aferró a un trozo de madera y ya en la superficie, nadando, comenzó a bregar por llegar hasta la costa.

Encorvado, jadeando y vomitando bilis salada, dio unos pasos y desfalleció sobre la arena. El sol, los estruendos de la rompiente de la tarde, la espuma de las olas que bañaba sus piernas, y el graznido de las aves que lo sobrevolaban y picoteaban cangrejos a su alrededor, lo fueron despertando, pero fue el tacto de unas manos suaves, que levantaron su cabeza, las que le devolvieron definitivamente la conciencia. Tiana lo llevó, todavía mareado, hasta su refugio en la espesura. Ella era una negra de piernas interminables, se desplazaba como la brisa tropical por esos parajes,

hacía algunos años que ya vivía ahí, en la atalaya costera, escondida de los barcos negreros que cruzaban el horizonte y a veces recalaban, abajo, en la bahía, para iniciar su cacería. Era una cueva con la entrada disimulada por el mato. Un gran árbol, un ébano, cubría casi toda la boca como si el ancho tronco custodiara la entrada. Adentro, dos grandes cavernas en la roca, eran iluminadas por dos grietas naturales. En las paredes, Botú vio grabadas en bajo relieves y sobre relieves diferentes hileras de signos incomprensibles, como si se tratara de un extraño alfabeto.

Al día siguiente, cuando estuvo más repuesto, ella, con agua de vertiente y savia de helechos, limpió el barro aún adherido a su cuerpo, algunas costras de sangre y sus magulladuras. Con sorpresa, descubrió que aparecieron líneas de sobre relieves y bajo relieves tatuados en el tórax, muslos y brazos de Botú. Eran las marcas de una escritura como en Morse ó Braille, similares al alfabeto gravado en las paredes de roca. El anciano que habitaba la cueva a la llegada de Tiana, ya muerto, le había enseñado a leerlo. Impresionada, de inmediato comenzó la lectura, palpándolo y en un acto litúrgico, comenzó a descifrar impactada la voz de sus antepasados. Él, relajado, se entregó poco a poco al tacto de Tiana, comenzó a sentir el torrente de su sangre y como una vertiente que toma un cauce nuevo, sus manos acariciaron los aceitunados pechos de ella, que no dejaba de palparlo, leyendo las últimas líneas en relieve, al tiempo que su cuerpo pagano también despertaba, uniéndose a Botú, a su color, a su tribu.

Ya apaciguados, se miraron construyendo un puente.

- ¿Qué dice mi cuerpo, qué leíste? -, preguntó él.

- Nuestro sudor, el sudor de nuestras espaldas, será reemplazado por el sudor de nuestro placer. Y la madera, la más hermosa de nuestras maderas, el ébano, será el

testimonio – contestó ella –. Tú comenzarás la cadena, esculpirás una estatua.

Sin entender lo que decía, cansado, se acurrucó entre las cavidades de Tiana.

A la mañana siguiente, ambos salieron en busca de sobrevivientes. Después de caminar un rato sobre los roqueríos, en la playa, abajo, los vieron. Luchando contra la resaca, recogían las maderas del naufragio que de tanto en tanto les devolvía el oleaje, los esclavos obligados y vigilados por los marinos, construían unas chozas improvisadas con esos despojos. Desde arriba, miraban aquella incipiente colonia, cuando de pronto, se vieron rodeados por un grupo de marinos y dos negreros. Los maniataron y, a empujones, los obligaron a bajar por los senderos del desfiladero. En cada trastabillón se apoyaban el uno al otro. Botú tropezó, cayó rodando cerro abajo. Instintivamente aprovechó su caída para escabullirse entre la tupida vegetación, arrancando a tropiezos, en cuatro pies, a ras del suelo, y como un animal instintivo, darwiniano, se abrió paso entre una maraña de tallos y hierbas dejando a sus perseguidores atrás.

Abajo, en la playa, los hombres al verla, dejaron sus labores, hubo un instante de silencio. Ella buscó a Botú, arriba, entre el follaje. Él, oculto, agazapado la miraba. Forcejeando la introdujeron en la única choza casi terminada. Los marineros se miraron entre ellos y miraron la entrada de la choza. El capitán, decidido, fue el primero en entrar. Luego, se oyeron los gritos ahogados de ella. Salió, y arreglándose la chaqueta le hizo un gesto a los demás. Entró un marinero, al cabo de algunos minutos, otro, mientras, el resto esperaba su turno. Los gritos de ella eran cada vez más anémicos. No salió más de la choza. Él no podía bajar.

Sin saber cómo, Botú volvió a la cueva. Ahí estaba el árbol de la entrada. Apoyado

en el tronco, se sentó a llorar bajo su follaje. Exhausto, ya más tranquilo, lo palpó lentamente, entró, tomó unos utensilios de hierro y un machete, cortó el ramal más vigoroso, lo despojó de su corteza observando las sinuosas vetas de aquella madera semipreciosa, tocó su textura, inhaló su aroma. Los cortes y los golpes no pararon, las astillas se acumularon en el suelo. La figura de Tiana fue surgiendo poco a poco, la fue puliendo con diferentes piedras, hasta que sus manos ya no palparon asperezas, hasta acariciarla con su rostro, su cuerpo.

A pesar de sus esfuerzos, Alexander Brett nunca supo el origen de esa estatua. Lo que sí sabía es que el perfil de esa joven negra sentada en esa mesa, era el perfil de aquella estatua, su frustrado enigma.

Sin titubear se sentó a su lado, y antes de que pudiera ofrecerle un cigarro o un trago y decirle algo, ella le clavó la mirada, no le salieron las palabras, tomó su mano y lo llevó hacia la escala. Él, perturbado, con la mente en blanco, la siguió.

Ella abrió la puerta de la habitación. Cimbrándose flexible, se sacó su blusa blanca, su falda blanca y lo abrazó derribándolo a la cama. Él no se resistió. Se dejó poseer por aquellos músculos que tamborearon jadeando.

Después de entrelazarse en positivo y negativo, como en un cuarto fotográfico, sus ojos azules se fueron oscureciendo, su cabello ondulado se tornó motudo, sus labios con cuerpo, su piel de vainilla, ébano, su biología, de madera.

Ella, sonriendo, le acarició un muslo, ahora duro y liso. Dio media vuelta, cerró la puerta y plásticamente bajó la escalera.

Fog